

Hidropolítica del Mediterráneo

Habib Ayeb

Social Research Center (SRC)
The American University in Cairo (AUC), El Cairo

Hace ya unos cuantos años que la cuestión del agua en el mundo y en el entorno mediterráneo se ha impuesto como uno de los problemas más urgentes. Su exagerada politización se ha basado en dos «argumentos» principales y considerados por la mayor parte de los observadores como «evidentes»: 1) el agua será un bien escaso y que se agota y 2) por este primer motivo, el mundo, empezando por Oriente Medio, se ve amenazado por guerras militares del agua. No obstante, un estudio menos apasionado de los mapas geopolíticos e hidroecológicos demuestra claramente que estos discursos dominantes que simplifican en exceso un problema tan sumamente complejo como el del agua no son rigurosos en el análisis y son contradictorios en cuanto a las soluciones propuestas.

Este artículo intenta dar una nueva lectura al problema del agua y para ello toma como referencia el ejemplo del Mediterráneo, que ofrece una amplia diversidad hidropolítica: abundancia y «escasez», pobreza y riqueza, guerras y paz, estabilidad e inestabilidades, etc.

Al mirar a simple vista el mapa general del Mediterráneo se aprecian dos colores además del azul oscuro del mar: un verde que predomina en la ribera norte y este, y que indica abundancia de agua, y un amarillo pálido que llega hasta la costa sur y que da sensación de vacío, sinónimo de escasez de agua. Al cambiar la escala y ver más de cerca algunas de las regiones que limitan con el mar común, se aprecia al instante que los colores dominantes ocultan una diversidad local considerable. No obstante, dadas las necesidades que implica el análisis geopolítico o,

mejor dicho, hidropolítico, puede utilizarse la visión simplificada con la línea de división entre un norte «húmedo» y un sur árido, tal y como se puede observar con más claridad en la siguiente tabla, en la que se recoge la disponibilidad anual media de agua por persona en cada país mediterráneo, incluidos todos los puntos de consumo.

TABLA 21 Recursos hídricos renovables por habitante y por año (estudios de la FAO de 2005 y 2007)

PAÍS	m ³ /hab/año
Grecia	6.764
Francia	3.355
Italia	3.341
Turquía	2.913
España	2.707
Siria	1.408
Libano	1.172
Albania	12.950
Chipre	959
Marruecos	919
Egipto	779
Túnez	458
Argelia	355
Israel	250
Palestina	250
Malta	127
Libia	104
Media mediterránea	2.410

Fuente: Aquastat, FAO

Estas medias de disponibilidad de agua son perfectamente discutibles al menos por dos razones de peso: a) un modo de cálculo que considera por igual las necesidades anuales de todas las sociedades, sea cual sea su grado de «desarrollo», la importancia de la agricultura de riego o pluvial y el turismo, así como los modos de consumo de los ciudadanos, b) medias que dan como resultado una tabla aritmética homo-

geneizada que no tiene en cuenta las desigualdades que se dan a nivel local respecto al acceso al agua, c) medias que no tienen en cuenta las fuentes denominadas renovables y que retoman sistemáticamente los datos proporcionados por los gobiernos locales; es de todos sabido que por motivos técnicos y, con mayor frecuencia, políticos, estas cifras no se corresponden siempre con la realidad. Ningún Estado que tenga que compartir sus recursos con sus vecinos tiene interés alguno en hacer públicas las verdaderas cifras. Ésta es una antigua estrategia de negociación y mercadeo que aún utilizan muchos países del Mediterráneo.

Sin embargo, y sea cual sea la forma de elaborar estas cifras, la tabla y el conjunto de cifras conocidas tienen el mérito de ofrecer una visión global de los desequilibrios de la repartición geográfica de los recursos. Hace que surja sin lugar a dudas una primera oposición entre un norte que disfruta de bienestar hídrico y un sur menos afortunado en cuanto al bienestar y amenazado por una crisis del agua que algunos creen inminente para determinados países de este mar común.

Entre los diferentes especialistas, Jacques Bethmont establece el siguiente balance. En la ribera norte, hay diez países (incluidos los Estados surgidos tras la desaparición de Yugoslavia) que disponen de 1.060 km³ en sus fronteras y otros 546 km³ en sus cuencas hidrográficas mediterráneas para una población total de 187 millones de habitantes, cuyo dinamismo demográfico, a excepción de Turquía, es débil. En la ribera sur (que incluye a Israel, el Líbano y Siria), ocho países disponen de 154 km³ para una población total de 170 millones de habitantes, que se duplicará en aproximadamente 30 años. Expresadas en disponibilidad anual media por persona, estas cifras globales revelan unas diferencias aún más acusadas que se resumen en la siguiente tabla.

TABLA 22		Disponibilidad global de agua y población	
Mediterráneo	Población en millones de hab.	Disponibilidad global en miles de millones de m ³ /año	En m ³ /hab/año
Mediterráneo norte	187	1.606	8.588,24
Mediterráneo sur	170	154	905,88

El umbral de estrés hídrico se sitúa convencionalmente en 500 m³ por persona y año. Algunos países mediterráneos se distinguen por una disponibilidad infe-

rior a este umbral. Según las cifras de la FAO (véase la tabla 21), este dato afecta a Argelia, Israel, Libia, Palestina ocupada y Túnez en la ribera sur y a Malta, único país afectado de la ribera norte.

Desigualdades hídricas, desigualdades económicas y desigualdades sociales

A este reparto desigual de los recursos hídricos en el espacio mediterráneo se superpone casi a la perfección un mapa económico y social. No es necesario disponer de cifras para diseñar el mapa general del «desarrollo» económico del Mediterráneo. La línea de división comienza en el nivel del Estrecho de Gibraltar y termina en la frontera de Siria y Turquía. Con alguna duda respecto a Malta, que ya forma parte de Europa, Libia y, de un modo menos evidente, Argelia, que disponen de rentas petroleras considerables, y, por último, Israel, vinculada estructuralmente a las economías occidentales, se podría retomar la imagen simplificada de un norte rico y un sur pobre. Sin embargo, al igual que ocurre en el caso del agua, estas imágenes sólo son válidas en esta escala geográfica. Del mismo modo que se sabe que el sur de España sufre graves dificultades hídricas, se sabe que no faltan bolsas de pobreza en la ribera norte y principalmente en Turquía.

A escala global, las economías del sur siguen siendo dependientes de las del norte y la desigualdad respecto al agua no constituye un factor que pueda remediar esta situación. No obstante, entre las diversas causas de esta dependencia, que dan lugar a la dimensión más dramática, se encuentra indudablemente la dependencia agrícola y alimentaria vinculada directamente a la disponibilidad y, evidentemente, a la gestión del recurso hídrico. Actualmente, el sur no produce más de una media del 50% de los cereales que necesita. El resto se subsana con importaciones procedentes del norte; Argelia importa más del 75% y Egipto se sitúa cerca del 55%. El único país del norte que registra una fuerte dependencia, al igual que en otros aspectos, es Malta, ya que produce menos del 10% de los cereales que necesita. Malta se beneficia de su condición de miembro de Europa. Resulta paradójico que se haya tenido que producir la crisis de alimentos actual para que se hayan hecho evidentes los peligros y los riesgos que provocan con mayor o menor dramatismo las políticas agrícolas que abandonan el principio de la «soberanía» alimentaria.

No obstante, y en contra de la imagen que se tiene habitualmente de ellos, los campesinos del sur no son más perezosos que los del norte, más bien al contrario. En Egipto, por ejemplo, más de 3,6 millones de campesinos se reparten entre 3,5 y 4 millones de hectáreas totalmente irrigadas. ¡Consiguen hasta tres cosechas al año en las mismas parcelas! Su producción, principalmente de trigo y arroz, se encuentra entre las más elevadas del mundo. Sin embargo, la situación del sector agrícola en Egipto se resume con la paradoja que se da en gran parte de las regiones del tercer mundo: una agricultura de las más desarrolladas del mundo mantenida por unos campesinos que se encuentran entre los más pobres. Según las fuentes, se estima que el porcentaje de campesinos por debajo del umbral de la pobreza se sitúa en un 50% y un 80%.

A pesar de que resulta difícil constatar semejante desarrollo de la agricultura en la parte sur y este del Mediterráneo, se puede asumir que el esfuerzo y la implicación de los campesinos es bastante comparable entre países. Es entonces cuando cabe preguntarse por qué no se ven recompensados estos campesinos con elevados ingresos por su trabajo y su función de agricultores. Existe un verdadero problema con el acceso a la tierra y al agua, que dista mucho de estar asegurado. Cuando no depende de la voluntad del cielo en las zonas de agricultura irrigada, el suministro de agua para el riego se ve sometido cada vez con mayor frecuencia a las condiciones financieras de sistemas de tarificación más o menos camuflados bajo el pretexto de limitar el consumo y el «derroche». Esto representa un coste cada vez más elevado que lleva a algunos a reducir el trabajo agrícola para ir en busca de un complemento de los ingresos fuera de sus tierras.

Además, las nuevas reformas agrarias adoptadas en los últimos años por un determinado número de países han debilitado mucho a los pequeños campesinos, ya que han liberalizado al mismo tiempo los mercados de la tierra para la venta/compra y para los arrendamientos, poniendo fin a la renovación automática de los contratos y a su transmisión por herencia de padres a hijos. El caso más evidente es el de la reforma agraria aprobada en 1992 por Egipto (Ley 96/92) que derogó por completo las garantías establecidas por el régimen socialista de Nasser. Desde que se aplicara esta reforma en 1997 y hasta el año 2000, cerca de un millón de campesinos ancianos arrendatarios perdieron sus tierras. Actualmente, los arrendamientos, cuyos precios se han multiplicado por

seis de media e, incluso, por ocho, tienen carácter anual y a veces incluso se conceden por temporadas. En estas condiciones, los campesinos debilitados no hacen más inversiones y no dedican a la tierra más que el mínimo indispensable de abono y trabajo, siguiendo la lógica de «aumentar los beneficios al máximo y reducir los gastos».

El otro elemento que marca la diferencia fundamental entre los campesinos del perímetro mediterráneo es el acceso a la información, a facilidades para la obtención de créditos, a los seguros, y sobre todo a los mercados locales, nacionales e internacionales. Los campesinos del sur trabajan principalmente para los mercados locales y, en el mejor de los casos, para los nacionales. Los mercados europeos, por el contrario, están herméticamente cerrados para ellos. No tienen acceso a la información necesaria sobre los mercados y, mucho menos, a las distintas redes de intercambio internacionales. Sin embargo, algo aún más grave es que los países del norte que inundan el sur con sus exportaciones agroalimentarias cierran sus propios mercados a través de mecanismos aduaneros complejos con el fin de proteger a sus propios agricultores y productores agrícolas.

Ciertamente, hay determinados grandes inversores del sur y grandes sociedades agroalimentarias que son propietarios de amplias extensiones agrícolas modernas que, en la mayor parte de los casos, están totalmente dotadas de sistemas de riego. Se encuentran repartidos prácticamente por toda la ribera sur de la región de Souss, al sur de Marruecos, hasta el Valle del Jordán, pasando por el Cabo Bon de Túnez y el Valle del Nilo. La mayor parte de ellos están especializados en frutas y legumbres que no son de temporada y la práctica totalidad de su producción se destina a la exportación, principalmente hacia los mercados europeos. Es una paradoja absoluta que en esta ribera del sur y el este mediterráneo, descrita con frecuencia como en situación de escasez crónica de agua, algunos explotadores bien conectados con los grandes mercados cultiven flores, cuyo destino son los mercados del norte. Este agua no sólo se «transforma» en un producto agrícola no alimentario en los países en los que presenta una escasez que en ocasiones llega a ser drástica y en los que millones de campesinos no pueden ni siquiera alimentarse adecuadamente, sino que también se exporta en forma de flores o de otras plantas decorativas. He aquí el triunfo del famoso concepto del «agua virtual», acuñado por el geógrafo inglés Tony Allan.

La última crisis de alimentos que ha azotado a diversos países del mundo, en particular Egipto, ha tenido el mérito de mostrar los límites de distintos enfoques adoptados respecto a los problemas del agua. Egipto, donde la crisis alimentaria se ha saldado con numerosas muertes ocurridas durante las peleas y aglomeraciones que se han producido ante las panaderías que fabrican y venden pan subvencionado, explica por sí solo la incoherencia entre la intensificación agrícola y la pobreza de los campesinos, y entre el aumento de las exportaciones agrícolas y el agravamiento de la dependencia alimentaria. Este país, en el que la agricultura alcanza medias de productividad que se sitúan entre las más elevadas del mundo, gracias al trabajo diario de unos campesinos que se encuentran entre los más pobres del mundo, registra un aumento rápido de las exportaciones de productos agrícolas como los cítricos, las frutas que no son de temporada y las flores, y sigue importando más del 40% de los cereales que necesita.

Por desgracia, Egipto no es el único país que se halla inmerso en esta contradicción que resulta catastrófica tanto en el plano social como en el político ya que, por un lado, presenta dificultades de acceso a una alimentación que cubra las necesidades de todos (y, en algunos casos, un grave riesgo de hambruna) y, por otro, revela el recrudescimiento de la dependencia respecto al norte y a las grandes sociedades internacionales. Al recorrer las grandes ciudades del norte encontramos sin duda inmigrantes, que proceden del sur, pero también encontramos flores, cítricos, tomates, pepinos y otras legumbres que no son de temporada y que proceden también de la ribera sur. ¿Se trata de una simple paradoja más? No, es la expresión misma de las desigualdades y las dependencias económicas y políticas inducidas y agravadas directamente por el abandono de la soberanía del agua y de los alimentos en aras de la búsqueda de divisas extranjeras e inversiones procedentes del exterior y del interior.

El Mediterráneo del sur, una zona de conflictos que se agravan y que agravan los problemas relacionados con los recursos hídricos

Realizar un análisis geopolítico del agua en el Mediterráneo sin tener en cuenta nada más que los datos hídricos desembocaría fatalmente en conclusiones precipitadas e incompletas, incluso erróneas.

Ciertamente, en el Mediterráneo, al igual que en otros lugares del mundo, el problema del agua nunca se encuentra aislado del conjunto de datos políticos, económicos y sociales predominantes. Para determinar el mapa hidropolítico es necesario establecer en primer lugar las distintas «capas» del mapa geopolítico global de la región. En este punto surge una pregunta: ¿cuál es la mayor característica del mapa geopolítico global del espacio mediterráneo?

Frente a una ribera norte «en paz», salvo en el caso de Chipre, la ribera sur se caracteriza por una discontinuidad geopolítica. Bastaría contemplar el mapa de las fronteras (que en su mayoría datan de la época colonial), especialmente la que separa Marruecos y Argelia, y la de Israel y el conjunto de sus vecinos, para ver qué porcentaje de esta región padece conflictos que son a la vez complejos y prolongados.

Esto tiene consecuencias evidentes sobre todos los aspectos de la geopolítica regional e incluso de la mediterránea. El primer ejemplo en este sentido es el conflicto del Sáhara Occidental, que enfrenta en particular a Argelia y Marruecos y que actualmente constituye el principal obstáculo para la unificación del Magreb árabe y para la puesta en marcha del ambicioso proyecto magrebí, cuya creación decidieron, en 1995, los jefes de Estado de los cinco países participantes. Además, estos conflictos y rivalidades que se producen en territorios y fronteras se extienden de manera natural al conjunto de recursos y, sobre todo, a los recursos hídricos.

El reparto de las aguas de superficie entre Argelia y Túnez, en particular las de la cuenca del Medjerda, que toma sus fuentes de las montañas del este de Argelia y desemboca en el Mediterráneo en territorio tunecino; el reparto de las aguas de la gran capa fósil sepultada bajo las arenas chadianas, egipcias, libias y sudanesas; los conflictos por el agua del Nilo entre Egipto y los demás Estados ribereños del río; las prolongadas rivalidades entre Israel y sus vecinos árabes, en particular los palestinos, por los escasos recursos hídricos de la cuenca del Jordán; y, por último, los desacuerdos entre el Líbano y Siria respecto a los recursos hídricos comunes, y en particular los del Oriente, no son más que algunas de las numerosas rivalidades por los recursos que se unen a otros factores locales o internacionales que hacen que la ribera sur sea más un espacio de rupturas geopolíticas, a veces violentas, que un espacio de cooperación.

No obstante, el conjunto de problemas que surgen en las fronteras, en ocasiones herméticas, de los distintos países de la ribera sur, así como las relaciones

entre ambas riberas del mar común, que implican igualmente relaciones internacionales, podrían regirse mediante acuerdos bilaterales o multilaterales, o mediante acuerdos de colaboración para la gestión colectiva de recursos comunes. Por otra parte, se suele citar el acuerdo sobre el acero y el carbón al que llegaron Francia y Alemania el día siguiente al fin de la Segunda Guerra Mundial, que ha facilitado mucho, aunque de modo indirecto, el arranque del proyecto europeo.

Sin embargo, tales escenarios positivistas no se corresponden en modo alguno con la geopolítica y la geohistoria locales. En la ribera sur, las dificultades del exterior pueden llegar a parecer simples en comparación con los conflictos internos que sacuden a los países con mayor o menor violencia, que llegan a desestabilizar los sistemas políticos mayoritariamente autoritarios y carecen de toda legitimidad: reivindicaciones internas más o menos «minoritarias», como en el caso de las poblaciones bereberes en el Magreb, los problemas de convivencia que afectan a la sociedad israelí, rivalidades entre facciones y tribus que arruinan las bases mismas de la sociedad libanesa y, con mayor frecuencia, la puesta en duda del conjunto de regímenes políticos de la región por parte de oposiciones políticas más o menos radicales.

Para que esta imagen sea completa es necesario subrayar la importancia de la protesta social, en ocasiones más profundas y más «peligrosas» que las que exponen normalmente las organizaciones políticas habituales que forman parte de la sociedad civil; cabe señalar, por ejemplo, las reivindicaciones de los campesinos que reclaman un mejor acceso a los recursos necesarios para el mantenimiento de sus propias existencias y el de sus actividades agrícolas. La naturaleza autoritaria de los Estados locales no hace más que agravar estos antagonismos y, en ocasiones, crear fronteras que frenan toda evolución hacia la complementariedad regional, ya que cada poder es celoso de sus privilegios y teme ser objeto de «confabulaciones» organizadas por vecinos con o sin la complicidad de los oponentes del interior del Estado.

Así pues, la hidropolítica de la ribera sur del Mediterráneo está mucho más influida por las numerosas rupturas y antagonismos políticos que se dan entre los diferentes Estados que por el volumen global de agua disponible. Esta hidropolítica es de hecho una dimensión comprobada y con frecuencia «determinante» de estos conflictos.

La pobreza hídrica: dificultades de acceso pese a la relativa abundancia

El otro aspecto fundamental del problema del agua en el Mediterráneo es el conjunto de desigualdades a las que se enfrenta el acceso colectivo e individual al recurso. Las desigualdades se dan en todas partes en ambas riberas, pero indudablemente resultan más dramáticas en la ribera sur. El ejemplo más sorprendente y revelador es el de Egipto.

En este país, en el que gracias a la aportación del Nilo la disponibilidad media de agua se sitúa en torno a 900 m³ por persona y año, apenas el 70% de los hogares está conectado a la red de agua potable. La cifra desciende aproximadamente al 40% en zonas rurales y barrios urbanos pobres o «ilegales». En el medio rural, las familias que no tienen acceso directo a la red de agua potable se abastecen directamente en los canales de irrigación o extrayendo el agua de una profundidad de cerca de 15 metros de la capa freática con bombas manuales fijas. En ambos casos, la población se expone cotidianamente a las enfermedades que transmite el agua y que son de origen biológico (bacterias o microbios) o químico (pesticidas, fertilizantes, etc.). No se trata de una casualidad si se tiene en cuenta que aproximadamente uno de cada tres casos de mortalidad infantil (entre un día y cinco años) se produce como consecuencia del consumo o el uso de agua contaminada.

Las dificultades de acceso al agua potable en Egipto son a la vez origen y consecuencia de la pobreza. Como en todas partes, la ausencia de agua provoca o agrava los procesos de empobrecimiento individual o colectivo, y la pobreza se traduce con frecuencia en dificultades de acceso al agua potable. Sin salir del Egipto rural, no resulta raro ver familias que disponen de un grifo en su hogar y que se sirven de agua de un canal o de la capa freática con el único y dramático fin de reducir su factura. Así, para poder hacer frente a otras necesidades del hogar, se ahorra en el gasto de agua a pesar de que se corre el riesgo de exponer a los miembros de la familia a enfermedades graves y financieramente «costosas». Sólo una situación grave de pobreza puede provocar semejantes comportamientos de alto riesgo.

La paradoja es que Egipto podría haber evitado esta situación que afecta a millones de personas. Se trata ciertamente de un Estado muy fuerte que controla con gran eficacia el conjunto del territorio y de la sociedad. También es un país que ha homogeneizado relativamente su territorio al organizarlo en torno

a su eje central, el Nilo, y en un sistema hídrico complejo y completo que lleva el agua hasta cualquier parcela situada en los 3,5 millones de hectáreas de tierra destinada a la agricultura, todas ellas irrigadas. Por otro lado, se trata de un país que cuenta con un «ejército» de ingenieros y técnicos con un elevado nivel de formación técnica que, por lo tanto, pueden realizar todos los trabajos relacionados con el agua sin necesidad de recurrir a expertos extranjeros, excepto en casos extremadamente complejos. Además, dada su situación geopolítica a orillas del Mediterráneo y como vecino inmediato de Israel, Egipto no tiene demasiadas dificultades para «recuperar» la ayuda financiera internacional y bilateral. Sin embargo, cuesta creer que en este país, dirigido por un régimen autoritario y corrupto, la lucha contra la pobreza y las enfermedades que se derivan directa-

mente de ella no sea un asunto urgente, y menos aún una prioridad.

Por desgracia, este caso concreto no difiere mucho del que se da en el resto de países del sur y el este del mar común. En algunas regiones, la desigualdad es aún menos explicable. Sin embargo, Egipto sigue siendo el país de la región en el que la diferencia entre la disponibilidad global y el acceso real de la población es mayor y más inexplicable. Resulta semejante a la diferencia entre la disponibilidad global de agua en el Mediterráneo y las tasas reales de acceso. Si hubiera que elegir una palabra clave o un concepto para analizar y describir la hidropolítica del Mediterráneo sería sin lugar a dudas «acceso». Centrando los análisis y las acciones en el acceso al recurso hídrico se dispondría de análisis y conclusiones más rigurosos y acciones más eficaces.

REDES Y ORGANIZACIONES MEDITERRÁNEAS E INTERNACIONALES SOBRE EL AGUA

ACSAD, Centro Árabe de Estudios sobre Zonas Áridas y Tierras Secas
www.acsad.org/aboutACSAD.htm

Alianza para un mecanismo global de observación del agua – Región del Mediterráneo
www.watermonitoringalliance.net/index.php?id=1856

Banco Mundial, Unidad del Agua, Oriente Medio y Norte de África
<http://web.worldbank.org>

Componente Mediterránea de la Iniciativa para el Agua de la UE
www.euwi.net/index.php?main=1&sub=1&id=127

Comunidad Euromediterránea de Regantes
www.e-mic.org

Consejo Árabe del Agua
www.arabwatercouncil.org

GWPMed, Asociación Mundial del Agua – Mediterráneo
www.gwpmed.org

IME, Instituto Mediterráneo del Agua
www.ime-eau.org

Iniciativa Horizonte 2020
http://ec.europa.eu/environment/enlarg/med/horizon_2020_en.htm

MEDIES, Iniciativa Mediterránea de Educación sobre Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible
www.medies.net

MedWet, Iniciativa Mediterránea en el marco del Convenio de Ramsar sobre los Humedales
www.medwet.org/medwetnew/en/index.asp

NBI, Iniciativa de la Cuenca del Nilo
www.nilebasin.org

ONU-Agua
www.unwater.org

PAM/PNUMA, Plan de Acción del Mediterráneo – Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente
www.unepmap.org

Plan Bleu
www.planbleu.org/themes/eau.html

Programa MEDA-Agua
www.medawater-rmsu.org

REMOC, Red Mediterránea de Organismos de Cuenca
www.remoc.org

SEMIDE, Sistema Euromediterráneo de Información sobre el Agua
www.emwis.net

UNESCO; Agua, desarrollo sostenible y protección de los recursos mundiales de agua dulce
www.unesco.org/water

WaDImena, Iniciativa Regional para Satisfacer la Demanda de Agua en Oriente Medio y el Norte de África
www.idrc.ca/wadimena